

PRESENTACIÓN DEL LIBRO “VÍRGENES Y LOBIZONAS”, DE LÉONIE GARICOÏTS

POR GABRIELA ONETTO

Me honra presentar este libro, pero no lo digo desde la mera fórmula social, convencional (lo de “buenas tardes, casi noches” sí, porque está horrible el clima). Lo hago como una embajadora Perséfone mostrando y demostrando a una escritora Perséfone. Como compatriota de tierras simbólicas: de ahí el honor.

Antes de pasar al brindis (que, por supuesto, es el verdadero motivo por el que todos vinimos), voy a compartir con ustedes algunas notas que tomé acerca de *Vírgenes y lobizonas*, el último libro de Léonie Garicoïts.

Para quienes no me conocen, me llamo Gabriela Onetto; soy licenciada en Filosofía y esas cosas, pero me dedico a pergeñar propuestas de motivación literaria. En una de ellas cayó Léonie hace tiempo, con quien tengo un vínculo de corte mitológico: fue participante de uno de mis talleres virtuales colectivos en torno, precisamente, a la mitología y la escritura. Más adelante, me pidió que escribiera en la contratapa de *Tatuado en mí*, un libro de poemas rebosante de alusiones y claves en el acertijo grecorromano que tanto nos gusta indagar.

Del siguiente taller “mitológico” al que acudí, esta vez presencial, obtuve la preciada clave con la que haré trampa a lo largo de toda esta presentación, tal como hace cualquiera que cuente con información privilegiada sobre el autor de un texto. Léonie participó este año, inocente o no, en *Caperucita Feroz*, un taller de arquetipos femeninos y exploración personal; ahí constaté plenamente sus facetas de diosa Perséfone (o Proserpina, para los romanos), algo que ya sospechaba pero que en el libro que hoy bautizamos queda en evidencia contundente. Más que en ninguno de sus libros anteriores. Creo que cuando Léonie me pidió que presentara *Vírgenes y lobizonas*, ella ya intuía que ese callado diálogo con los futuros lectores que se lleva a cabo en estos eventos sería *desde los territorios del Hades*, del mundo subterráneo. Porque esta presentadora, claro, también tiene a Perséfone como diosa dominante; quizás por eso puede aspirar a dejarles planteado algo así como un borrador de “traducción de alma”. Hacer el intento de animarlos a sintonizar sin miedo ese intenso canal desde el que se expresa Léonie, para que cada uno pueda, a su vez, reconocer sus propios aspectos sombríos, sus temores o sufrimientos, o por lo menos no escaparse al contemplar los ajenos.

Bienvenidos, entonces, a nuestros dominios. 😊

Yo no soy crítica literaria y seguramente no podría serlo: me tiene sin cuidado, por ejemplo, si se trata de un libro de micro relato, narrativa poética, poesía en prosa o cualquier otra clasificación posible; también la intertextualidad, las alusiones, las influencias o los mecanismos de estilo. Así que lo único que voy a hacer acá es a decir algunas cosas que se me ocurrieron a partir del *título* del libro; con eso tenemos para entretenernos, además de que Eliana Lucián nos acompañará aportando su lectura personal de algunos textos completos que seleccioné para ciertos pasajes. Después ustedes podrán leer o no el libro entero, pero la verdad es que, para alguien que trabaja con arquetipos femeninos (entre otras cosas), un título como *Vírgenes y lobizonas* es una especie de anzuelo imposible de resistir.

Porque es una dicotomía, claro: una polaridad. O al menos eso es lo que nos parece a primera vista. Vírgenes y lobizonas... Unas “buenas” y otras “malas”, todo con comillas...

Nótese que, por más que “lobizonas” pueda suscitar innumerables fantasías, incluso y sobre todo de orden sexual, la autora eludió la fácil y tentadora provocación de llamar a su libro *Vírgenes y putas*, un título seguramente más marketinero. Este matiz puede parecer irrelevante a primera vista: es solo un término, qué más da, “vírgenes” está en las dos expresiones, y en cuanto a “lobizonas” y “putas” incluso parecen tener algo que ver: mujer, seducción, deseo, pulsiones... Pero no es inocente ese “lobizonas”. Esta sustitución que hace Léonie de la polaridad más obvia, es el eje simbólico del libro mismo. Primero, porque lejos de plantear una dicotomía —como a la que necesariamente llevan los polos que podría ofrecer una mentalidad patriarcal fundamentalista: “o es virgen o es puta”, “o es madre o es amante”, “o es inteligente o es linda”, todo eso—, en sus textos hay un intento de integración, de contemplar los claroscuros de la experiencia humana como parte de un todo, no como modelos excluyentes. Cuando Léonie dice “Vírgenes y lobizonas”, la conjunción “y” está, en este caso, bien puesta: no es una disyunción “o” disimulada, un antagonismo. Se puede ser ambas, y de hecho es hasta aconsejable serlo, porque tanto vírgenes como lobizonas comparten un lugar de poder, de soberanía personal. Eso aparece a lo largo del libro, en todas esas “otras” que la habitan, que forman parte del gineceo de la personalidad propia, la universalidad de la experiencia femenina y, como tal, de la experiencia humana misma, aunque no seamos el *default* de la especie.

Sí, *no es inocente ese “lobizonas” de Léonie*. Porque “lobizonas” redefine a “vírgenes”, como vamos a ver, pero también define al tácito “lobizón”, que queda genéricamente excluido. Doble transgresión, ya que —lo sospeché y lo verifiqué— la palabra “lobizona”, en femenino, no está ni siquiera consignada. No aparece en el Diccionario de la Real Academia, desde ahora DRAE: es una frase denotativa que ni siquiera aparece como tal, más allá de la discusión posible sobre todo lo que connota o si efectivamente denota algo o no. “Lobizón”, en cambio, si está —en realidad, aparece escrito con “s”, “lobisón”, aunque en el Diccionario del Español del Uruguay, de la Academia Nacional de Letras, figura para nuestro alivio la versión rioplatense, con “z”—; habría que pensar cuál es el criterio detrás de ese sustantivo exclusivamente masculino, como si no tuviera mucho sentido incluir el femenino. La explicación no debe estar en la economía de tinta, sino en la economía simbólica, en el imaginario social. Por ejemplo, tampoco aparece “parturiento”, la forma masculina del adjetivo “parturienta” o “parturiente”, que sí figuran, y la definición del DRAE es bien clara al respecto: “Dicho de una *mujer*: Que está de parto o recién parida.”

parturienta o parturiente.

(Del lat. *parturiēns, -entis*, part. act. de *parturīre*, estar de parto).

1. **adj.** Dicho de una mujer: Que está de parto o recién parida.

¿Por qué no existe el femenino de la palabra o, mejor dicho, por qué existe solo el masculino de “lobizón”? De “lobisón”, el DRAE remite directamente a “hombre lobo” y, de ahí, a: “El que, según la tradición popular, se convierte en lobo las noches de plenilunio”.

lobisón.(Del port. *lobishome*).

1. **m.** **hombre lobo.** El que, según la tradición popular, se convierte en lobo las noches de plenilunio.

Según esto, es claro que el hombre lobo es *hombre*, del sexo masculino, más allá de lo que propongan las nuevas series de tevé cable. El “lobizón”, aparentemente, se vivencia en el hombre como algo opuesto al *logos*, a lo racional, al buen juicio, el pensamiento analítico, la capacidad crítica, la distancia objetiva. Todo eso que idealmente sería el varón “normal”, el que no es afectado por la luna llena. El lobizón, en cambio, sufre el aterrador llamado de la luna y el inconsciente, y se termina transformando en algo que no es, ni frente a sí mismo ni frente a la sociedad. Es este hombre civilizado, razonable, coherente, [*ántropos*], el ser

humano, pero también [*ánér*], es decir, el varón (vale decir, la mitad de [*ántropos*]) quien suele percibir a la Sombra que lo habita como algo ajeno a sí mismo. Un “otro”, un extraño que lo desfigura, un lobizón. Esta imagen queda reverberando sobre nuestra atónita comprobación cotidiana de innumerables modalidades de violencia doméstica, incluso la que escapa al diagnóstico consciente de sus implicados: resulta que aquel maravilloso hombre civilizado, razonable y coherente que ponderábamos antes no puede hacer nada para controlar su brutal metamorfosis. Cuando mucho, en el mejor de los casos y como un acto de amor hacia sus seres queridos, les dirá que corran y se encadenará a un poste. Pero tristemente, a menudo suele ocurrir que los seres queridos —especialmente *las seres queridas*— no se conformen frente a la realidad de la “dinámica lobizón”. Insisten en ver al maravilloso hombre civilizado, razonable y coherente escondido tras los ojos de la fiera; luchan por no abandonarlo del todo a las garras del lobizón que lo posee. Y así es como a veces, esta segunda negación de la Sombra —en este caso la Sombra *del otro*— termina en tragedia. Con las fieras, aunque se trate de fieras temporales como el lobizón, es imposible razonar. Eso los lobos lo saben, conocen su naturaleza; *las seres queridas* no siempre lo ven. Resulta infinitamente más complejo lidiar con un lobizón que con un lobo.

Un pasaje del escritor Robert Louis Stevenson describe muy atinadamente esta relación interna con la Sombra; está en *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, famosa novela que partió de la exploración de una pesadilla, y dice así:

“Fue en el terreno de lo moral y en mi propia persona donde aprendí a reconocer la verdadera y primitiva dualidad del Ser Humano. Vi que las dos naturalezas que contenía mi conciencia podía decirse que eran a la vez más porque yo era radicalmente las dos : “*Mis dos caras eran igualmente sinceras*”.

Lobizón y humano son el mismo, pero ninguno se reconoce en el otro. El típico “punto ciego” de la Sombra que todos llevamos en nosotros: todo lo que el sujeto no quiere ser, sus costados siniestros no aceptados, lo que no puede reconocer en sí, el aspecto inadaptado del hombre. La Sombra es, entre otras cosas, “la cola del saurio”, es decir, las tendencias más primitivas y agresivas.

En cambio, el término “lobizona” prácticamente no se emplea en el lenguaje, porque desde el imaginario social es hasta natural imaginarse a una mujer aullándole a la luna, por lo menos desde el caudal simbólico. Una *lunática*. Cualquier mujer sometida a los ciclos hormonales de cada mes sabe de lo que hablo, y quizás los hombres que tiene cerca también. La luna llena, la menstruación, el aullido, la irritación, el llanto, el mostrar los dientes, lo incomprendible, la

distorsión del paisaje bajo la luz plateada, mes a mes la lobizona emerge y no es resistida; mes a mes “no somos quien en verdad somos, pero a la vez somos”. La “dinámica lobizona” es propia de la identidad femenina, inherente a ella. Lobizonas somos todas, y vamos por la vida aceptando ser transfiguradas periódicamente en fieras, y viceversa. No tenemos más remedio que permitir los ciclos y los procesos que se operan en nuestros cuerpos. Tal como son, sin posibilidad de controlarlos desde la voluntad o el ego: la llamada “pasividad femenina” tiene que ver con este inclinar la cabeza frente a lo que es, y eso nos coloca en otro lugar. Sí, lobizonas somos todas; lo llevamos a veces más, a veces menos grácilmente, pero es nuestra segunda piel. Esas noches corremos bajo la luna seguidas por nuestros cachorros, si los tenemos, aullamos, somos presas de un hechizo que sabemos que en algún momento pasará, porque se trata de *ciclos*. En cambio, no *todos* son lobizones. Con los lobizones hay que tener cuidado: no son animales domésticos, cuando se transfiguran.

Al final, la condición de “lobizona” se nos aparece como propia de la naturaleza femenina y su gran carga hormonal. Esta sería, entonces, la explicación de la omisión del DRAE: “lobizona” vendría a ser como una tautología, una redundancia de mal gusto. Ya lo dije: todas las mujeres somos lunáticas, no hay nada que hacerle. Aunque quizás esté exagerando un poco al plantearlo así: en realidad, lo somos únicamente cuando estamos menstruando, durante el síndrome premenstrual, en el embarazo, el puerperio, la lactancia, la perimenopausia, la menopausia y la luna llena. El resto del tiempo somos razonables, predecibles y lógicas, como los varones que no llevan dentro de sí un secreto y repudiado lobizón. Nosotras, igual que Dr. Jekyll y Mr Hyde, por lo menos sabemos que somos ambas cosas, que las dos caras son igualmente sinceras. No nos queda más remedio que *enterarnos*, así que no nos toma por sorpresa: lo integramos a nuestra imagen personal. Es sano ser una lobizona.

El DRAE nos regala, además, un par de deliciosas acepciones para “loba” a tener en cuenta: un sustantivo de uso coloquial en Uruguay, “Mujer sensualmente atractiva”, y un adjetivo en Chile, que asocia al lobo con “arisco, huraño”. Pero de “lobizonas” ni hablar: no aparecen, no hay metamorfosis dramáticas, como le sucede al pobre lobizón, según el DRAE. Acá se trata de la entrega a “lo otro que vive en mí”, que no es lo mismo que batallar contra ello. Esta diferencia sitúa a la lobizona en un lugar de poder.

f. *coloq. Ur.* Mujer sensualmente atractiva.

adj. *Chile.* Arisco, huraño.

El contrapunto “virgen”, en el caso del título elegido por Léonie para reflejar su conjunto de textos, retoma el sentido original de “mujer completa en sí misma”, *otro* lugar de poder. Muy distinto es decir “virgen” en contraposición a “puta”: eso habla de la mujer en relación al hombre, no en relación a sí misma. Son categorías femeninas que definen una polaridad a partir del vínculo con lo masculino. Desde ese punto de vista, “virgen” implica “ningún hombre”: una mujer que nunca tuvo actividad sexual, inocente e ignorante en esos territorios, “pura”, “intocada”. En cambio, “puta”, desde ese mismo punto de vista, implica “cualquier hombre”: una mujer que no discrimina en cuanto a compañero sexual, el hombre en tanto tal (no por sus particularidades individuales, únicas). Una mujer experta en el placer ajeno; quizás también en el propio, ya que el mote de “puta” también corre para las mujeres “amplias de criterio”, “ligeras de cascos” y demás expresiones entre comillas.

Con la reelaboración de la polaridad que hace Léonie disponiendo una categoría “vírgenes” frente a una categoría “lobizonas”, la identidad femenina se define entonces a partir de un eje distinto que en la clásica dicotomía “vírgenes y putas”. Ya no se trata de *la mujer en cuanto al hombre* sino de *la mujer en cuanto a sí misma*. Según la especialista junguiana en arquetipos femeninos, Jean Shinoda Bolen, la virgen es, desde lo simbólico, una mujer que se siente completa sin un hombre, que funciona por sus propios medios, y siente que puede cuidar de sí misma. Pone su fuerza y su atención en ella, en sus proyectos. La diosa Artemisa en pinta: el modelo femenino arquetípico que mejor encarnaría este metafórico “ser virgen” como representación de integridad. La virgen no necesita de la aprobación masculina, puede seguir sus propios intereses y trabajar en pro de sus objetivos personales. Su identidad y sentido del valor propio se basan *en lo que es y lo que hace*, no en sus vínculos: la mujer que se concibe como una unidad en sí misma. Algo que, por cierto, no es lo más habitual: nos extraviamos muchas veces en la maraña de los afectos y de las responsabilidades. El elogio de la virginidad —entendida desde el psiquismo, no desde la sexualidad física necesariamente— es una cuerda tácita en estos textos de Léonie, que apuntan hacia este plano de independencia, de búsqueda de la autonomía. La lobizona comparte esto con la virgen.

TEXTO IX

“Si solos/qué
estemos solos /pues/dejémonos de cosas.”

Idea Vilariño, “No, 23”

Anoche me sentí Greta Garbo *-I Want to be alone-* ese sentimiento de hartazgo de la vida inícu; anoche sentí que quería vivir una vida de ermitaña, buscar un paraje alejado con olor a mar, donde el viento huela a viento, donde embarrar los pies y descubrir la luz de la luna bañando mi cuerpo.

Anoche me pareció una decisión simple, me senté frente a mi ordenador y comenzó mi lista de prescindencias, la pira sagrada para ofrecer a los dioses, simple trueque que iluminará a la niña interior.

Mientras surgía esa hermosa pira funeraria dentro de mí amaneció el verdadero sentido de ermitaño, mi sincero pensamiento de ermitaña, se me esclareció el motivo del retiro.

Solo se necesita un recoleto lugar del alma para entretener a la niña que va conmigo.

Curiosamente, la diosa Artemisa podría considerarse un entrecruzamiento perfecto entre una virgen y una lobizona; de la segunda, tiene el aspecto salvaje, cruel, excelente cazadora y, por si fuera poco, diosa de la luna.

A las mujeres, esa alineación natural con la lobizona que comentábamos antes nos pone más en contacto con los aspectos sombríos, difíciles, de la experiencia humana. Todo aquello “que no nos gusta y quisiéramos no tener que ver”: lo femenino implica una aceptación mucho más contundente de “lo que es”, sin más. Cuando la biología nos impone las reglas de juego en nuestros propios cuerpos, se nos limita bastante más la posibilidad de engañarnos con lo que nos gustaría que fuera: sabemos que no todo puede ser controlado a fuerza de voluntad, que hay aspectos de nuestra identidad que no pueden ser negados. Dice el gran mitólogo Joseph Campbell que, para poder volverse un hombre, el muchacho tiene que dejar atrás a la madre y encontrar su propia manera de “hacer” en el mundo. Actuar, construirse. En cambio, una chica solo tiene que ser (nada menos, acoto yo), darse cuenta de que ya es una mujer. Y también, darse cuenta de que *no puede evitar serlo*, en toda su condición. La menarca, con la instauración de los ciclos menstruales luna a luna, mes a mes durante una enorme parte de su vida, así lo impone. La posibilidad —casi fatalidad— de salir embarazada luego de una relación sexual, incluso cuando no sea su deseo. La entrega al largo período de gestación, que no toma en cuenta lo que uno desearía o quisiera lograr mediante voluntarismos, sus planes, sus compromisos mundanos o metas ideales. *Es lo que es*, nos guste o no. Y el parto, con sus sangrientos y dolorosos misterios: no cuenta el “Todavía no me siento preparada” cuando llega ese momento, no vale el “A mí me impresionan estas cosas: prefiero no entrar a la sala”, no existe el “No me gusta cómo me veo o cómo lo estoy haciendo”. No hay excusas: hay que

encarar. Por eso, es mucho más fácil hacer el tránsito de “mujer” a “lobizona” a “lado oscuro”, a eso que no necesariamente nos gusta percibir o aceptar de nosotros mismos. Mucho más fácil, por cierto, que el tránsito de “hombre” a “lobizón” a “lado oscuro de la experiencia humana”. Estos aspectos problemáticos, las experiencias dolorosas, la cola del saurio, pueden elegantemente ir a parar a “El Otro” y dejar intacta nuestra imagen idealizada, nuestro propio sentido de luminosidad, de racionalidad. O pueden rechazarse, evitarse, bordearse.

Perséfone, sin embargo, no tiene más remedio que hacerse cargo de la experiencia del dolor: su vida entera salta en pedazos en el momento en que es raptada, violada y retenida contra su voluntad bajo tierra, lejos de la luz del sol, en el horroroso mundo de los muertos. Es la víctima de un perpetrador, o al menos así empieza su periplo de crecimiento; de ahí que este arquetipo femenino se ligue con zonas de nuestra experiencia particularmente difíciles, como pueden ser la melancolía, el duelo, la enfermedad, el suicidio, el sufrimiento en general, o con territorios tan misteriosos y perturbadores como el mundo onírico, el inconsciente, la mismísima muerte (que en este libro llega incluso a aparecer como interlocutor de la autora: “Vos estás perfecta para mí”, le dice).

Cuando Perséfone se presenta descarnada, es la soberana del lado oscuro y señala con el dedo todo lo que nos empeñamos en negar. Y lo mismo hace Léonie, fiel a su santa patrona. Sus textos en *Vírgenes y lobizonas* retoman muchos de los temas mencionados; basta como muestra algunos de sus títulos:

Crimen
Huída
Grito
Engaño
Agonía
Sacrificio
Enfermedad

Sin embargo, también encontraremos títulos como:

Expiación
Sobrevivir

Reconciliación

Resurrección

Aquí aparece otro tema muy sostenido a lo largo del libro: el eterno retorno, los ciclos. La recurrente reaparición de la luz, del crecimiento; más adelante, siempre terminarán regresando los peligros del encuentro con la Sombra, que también se rigen desde el mito de Perséfone por lo cíclico. Pero finalmente, si uno se entrega al proceso, si tiene confianza durante la etapa sombría, se sabe que el retorno de la luz está asegurado. La semilla que se hunde en las profundidades de la tierra y crece casi imperceptiblemente dentro de ese útero mortuorio, para terminar asomando como planta en la superficie, y luego flor, y luego fruto. El invierno y sus paisajes desolados, la crudeza interminable, sin que sepamos bien cuándo empieza a ceder paso hacia estaciones más estivales, pero lo hace. Muerte y resurrección: eso es Perséfone. Pero, ojo, que la naturaleza cíclica continúa después de esto: no hay “happy end” hollywoodense. La luz deberá dar paso a la oscuridad nuevamente, lo vivo morir, Perséfone regresar junto a su esposo Hades al inframundo.

Aunque Perséfone Koré, la doncella raptada, sea una problemática netamente femenina que tiene que ver con rasgos como la ingenuidad, la dependencia, la “corrección social” aprendida y la invalidación que la propia mujer hace a menudo de sus percepciones al buscar el aval y la guía en las opiniones externas, tanto hombres como mujeres tenemos problemas con la Sombra, con el no ver o no querer ver, no querer *saber*, no querer lidiar con la pérdida y las experiencias dolorosas, propias o ajenas. Seguimos matando al emisario de las malas noticias, elegimos a un chivo expiatorio de nuestros miedos y lo llamamos “loco”, “depresivo”, “desequilibrado”. Pero el que está en contacto consciente con sus oscuridades no tiene el menor peligro de transformarse en lobizón y terminar no reconociendo su imagen en el espejo. Creo que este libro propone algo, en ese sentido, quizás especialmente a los hombres: validar la totalidad de la experiencia humana, no dissociarnos del lado oscuro, animarse a mirar el verdadero reflejo de nuestro rostro, nos guste o no.

“Espejo” es, por cierto, otro de los temas recurrentes en estos textos. Los invito a descubrir las innumerables veces que Léonie los hace aparecer en estos textos, igual que a los sueños. Es curioso, porque aparece el soñar como producto del dormir, lo onírico en sí, pero también

como vigilia paralela, tan dotado de “existencia real” como la vida ordinaria. Como si al dormir se muriera, y al soñar se resucitara, pero en otro territorio. Hades, el inframundo, una vez más. Y el *leitmotiv* de la caída: eso está impreso en la psiquis de Perséfone, el ser arrastrada a las entrañas de la tierra. La caída es un motivo mitológico que no solo está presente en el imaginario judeocristiano.

Todos estos territorios simbólicos tan sugestivos como misteriosos —el espejo, el sueño, la caída— colaboran para lograr un efecto de *extrañeza de sí*, algo que la autora también parece compartir con Perséfone Koré, al igual que la búsqueda de artilugios y estrategias de supervivencia. Perséfone Koré crece realmente cuando acepta quedarse a vivir en el inframundo, cuando junta el valor para hacerlo su casa y elige comer la granada que le ofrece Hades. Se hace soberana de sus propias oscuridades, de sus experiencias tal como fueron: las acepta, y así trasciende el lugar de víctima o doliente para convertirse en reina, un lugar distinto, de sabiduría y dominio. Y como ha estado tanto en el inframundo, como ha sobrevivido y sabe habitar en él, puede convertirse en guía de otros. Se trata de recuperar el lado fértil, profundo, de la mirada de Perséfone. Ir más allá de la virgen Koré y la Perséfone terrible, la reina de los muertos, la lobizona.

TEXTO XXVI

(Resurrección)

La tapa se cerró, quedé totalmente a oscuras en este espacio limitado. Anticipé la angustia y comencé a controlar la respiración.

(No podía olvidar la cara de M, su rostro furioso mientras le suplicaba que no me encerrara.)

Respiro: inspiro, espiro, inspiro, espiro, trato de mantener el ritmo, solo respirar suavemente. Inspiro. Espiro.

Comienzo a sentir los latidos del corazón, tac, tac, tac; las manos me transpiran.

Espiro, inspiro, expiro, no puedo doblar las piernas, expiro.

Tac, tac, tac siento el corazón en mis oídos, más rápido, más fuerte.

¡No puedo respirar! El aire me raspa al pasar por los pulmones, la oscuridad gira, gira, estoy temblando. ¡No puedo controlar mis manos, mis piernas!

Dejo de estar. Me fui.

(En ese momento siento una única voz, mucho movimiento, una luz fuerte y el Padre abre la tapa.)

Creo que quedaré bien con ustedes si les advierto que Léonie es despiadada en el ver y en el mirar, al menos en este libro. La autora no deja y *no se deja* no mirar. Encontrarán muchísimos ejemplos de su voluntad de no- negación de lo sombrío, como en este pasaje de (*Sobrevivir*):

“La ahorcada me acecha desde el espejo: se pregunta si es ella la que me mira o si soy yo la que la inquiere”.

O en (*Nacimiento*):

“Te nombraron Amarga, te llaman Amarga. ¿A quién culpar si cada uno se hace cargo de su nombre?”

En (*Engaño*), la mujer que habla advierte: *No mires a la cara al hombre que está encima de ti, porque puede que le veas...* (y luego dice el texto):

“como un fauno salvaje, rojo de esfuerzo, bufando hasta llegar al orgasmo, mirando a través de ti, mirando solo dentro de sí, o peor aún, mirando a alguien que no sos vos”

Luego agarra la valija y se manda mudar, “porque anoche vi tu mirada, porque anoche te descubrí”. La lobizona que se demarca del otro y vuelve a ser virgen, luego de haber intentado otro estadio por un tiempo.

Y es que, la verdad, tanto vírgenes como lobizonas son modelos solitarios, por fuera de las relaciones amorosas, aunque se busquen o se deseen. La insistencia de una mujer en permanecer o retornar a estos modelos de autonomía en soledad a menudo tiene que ver con la opresión sobre lo femenino, con limitaciones que se sufren, relaciones de pareja que cercenan, abusos que se callan, vulneración de los derechos personales que ni siquiera se percibe. La habituación a la burka, visible o invisible. En algunos pasajes, esta vivencia de la Perséfone Koré, la mujer cautiva e impotente, aparece insinuada: “No lo señales, por favor”/ “Guarda mi secreto”/ “Prisionera, esclava de la sinrazón de otro”/ “Solo pido que calles, como

he callado". Pero al final, los arquetipos de virgen y de lobizona siempre terminan reapareciendo para restablecer el poder personal.

TEXTO XIII

(Huida)

Se vislumbra el amanecer en la cúpula de Santa Sofía, en algunos destellos en la Mezquita Azul, en los cantos del almuecín, la noche va quedando atrás y sigo caminando por la ciudad, mi culpa me señala.

Sherezada trastornada, una imagen sospechada me persigue, un deseo cumplido me señala; siento las miradas tras los visillos. Las antiguas esposas de los sultanes no me perdonan.

_¿Quién es ella que desdeña el burka, el hiyab, que descubre su pelo, que viste ropas extrañas?

_¿Por qué no se sujeta a las reglas de su hombre y huye en la noche desmelenada de ilusiones?

Siento más la condena de esos ojos que miran con restos del pasado, que envidian mi pelo desordenado y mi libertad de estar sola y caminar sin rumbo, de elegir dónde quedarme y a dónde ir. Pesa la cadena de las enseñanzas maternas, de las reglas y los rechazos, la occidental que duerme en mí no entiende de ataduras, de cuerpos tapados y de segundas o terceras esposas, no entiende de bailes de cintura ni de atracciones del ombligo, de mujeres ocultas y la mansedumbre sensual de la odalisca. Rechazo la simple regla que me ha querido transmitir el vientre materno, rechazo mi sumisión y la supremacía del otro.

Con una sola mano sostengo la pesada espada y corto el hilo al marcar con el sello de salida el pasaporte.

El aduanero mira extrañado a esta mujer, quiere seguirme por los pasillos del aeropuerto, sospecha que tras mi sonrisa oculto un secreto, un terrible misterio: una mujer que viaja sola.

Vivimos bajo la hegemonía de la luz, de la razón, de lo liviano incluso. Por eso, hay que tener mucha valentía para prestarse a exponer los periplos existenciales al explorar la propia Sombra, los encuentros cara a cara con ella. Ese es uno de los méritos de Léonie, toda una sobreviviente que tiene el coraje de espejarnos sus sufrimientos y visitas al Hades, el morir y resucitar, el impulso de vida por debajo. Algún día el lado oscuro, las profundidades, lo que no nos gusta ver, dejarán de ser tabú, locura: serán tan naturales como la luz lunar, distinta a la del sol.

La búsqueda y aprendizaje que Léonie Garicoïts registra y comparte en estos textos la convierten en guía, como todo el que alguna vez bajó al inframundo y encontró el camino de regreso. Ser una reina Perséfone es la única salida sana para una Koré raptada. Desde el título mismo, *Virgenes y lobizonas*, la escritora se promete y nos promete un recordatorio

indispensable de la intención: Ser completa en sí misma, como las vírgenes. Estar alineada con la propia oscuridad, como las lobizonas.

TEXTO XIX

(Grito)

No suspendan las maravillas. La grava húmeda bajo los pies. Loca, ya no me llaman Amarga. Me dicen loca porque bailo junto a la luna, porque el mundo es maravilla, porque encierro en el altillo al peor de los pecadores.

Dicen que la tierra se movió medio milímetro, que se resquebraja su corteza, que se derrite el polo, se suman maremotos, terremotos, tsunamis, explotan volcanes, la capa de ozono se traga la atmósfera, se vienen los siete jinetes del Apocalipsis.

Dicen que dicen los chamanes que no falta mucho, dicen que dicen que el Papa reza, que los Rabinos oran, que los dioses, los semidioses, tiemblan.

Dicen, siempre dicen.

Dicen que estoy loca si camino descalza bajo la luna llena, dicen que estoy demente porque apuñalé el pasado para parir un futuro. Dicen que no hay campo, ni gravilla, ni el canto de un pájaro en el lugar al que me llevan.

No suspenderán la maravilla.

Yo sigo bailando al compás de las gotas de su sangre a la luz de la luna llena.